

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE: VIAJE POR IGNOTOS MARES

Trevor H. Lever e
Universidad de Toronto

El personaje romántico Samuel Taylor Coleridge fue muchas cosas, además de ser poeta: ensayista, conferenciante, filósofo, metacientífico y estudioso de las ciencias teóricas, crítico literario, crítico social, joven reformador radical y libertario que abandonó la universidad, teólogo, psicoanalista, columnista, hipocondríaco, enfermizo, por breve tiempo funcionario menor y, por tiempo aún más breve, dragón incompetente en la milicia. Tal inventario sobre la actividad de Coleridge no es en absoluto exhaustivo, pero además omite la actividad que podría justificar que habláramos o escribiéramos sobre él como explorador o viajero. Coleridge no fue un viajero, aunque el año de su nacimiento (1772) estuvo marcado por el comienzo de la circunnavegación del globo, en latitudes muy meridionales, por el capitán Cook, que duró tres años, y durante los cuales fue descubierta la planicie helada entre los grados 60 y 70 de latitud sur. Coleridge, hijo menor de un clérigo rural y su esposa, amaba y respetaba su país natal. Fue a Alemania como estudiante de anatomía comparada y filosofía alemana durante algo menos de un curso académico; también fue a Malta a los treinta y pocos años, en un intento de recuperar su salud, y volvió vía Sicilia y Roma; unos veinte años después, hizo un viaje de seis semanas y media a los Países Bajos y el Rin. Ninguno de estos viajes fueron de exploración y, aparte de ellos, nunca abandonó la Islas Británicas.

Los organizadores de este simposio me invitaron a contribuir a la sección de viajes, y yo ofrecí esta ponencia sobre Coleridge sabiendo que no fue un explorador geográfico. Sin embargo, sí que pertenece a una sesión sobre Romanticismo y viajes, e incluso más a ésta sobre “El Mundo Humano

como Escenario”. Coleridge fue un explorador de la naturaleza no sólo a través de los escritos de naturalistas y filósofos de la naturaleza¹, sino también cuando la encontraba en las modestas montañas y prados de Inglaterra, Escocia y Gales, cuando la hallaba en los libros de viajes, cuando la representaba en su poesía, y cuando la exploraba a través de su propia autoconciencia. Yo le seguiré a través de algunos de sus viajes de butaca, veré cómo están incorporados en su poesía, aludiré a sus limitados viajes al extranjero, y le seguiré en su estimulante descubrimiento de los montes de Lake District (la Región de los Lagos). Convendrá recordar que Coleridge, en la más extravagante y brillante de las autobiografías crítico-literarias, su *Biographia Literaria*, publicada en 1817, describía la percepción como un perpetuo acto de creación². Para él, la naturaleza era la expresión visible de la propia creación de Dios, y así le pudo servir, y de hecho le sirvió, como fuente de inspiración y recreación literaria. La re-creación será un motivo recurrente en lo que sigue.

Puesto que gran parte de la exploración de Coleridge fue más mental que física, necesitamos saber algo sobre la actividad de su mente: saber qué existía en la mente de alguien suele ser algo imposible para los historiadores, pero Coleridge supone una excepción, maravillosamente abordada por Owen Barfield en *What Coleridge Thought* (London, Oxford University Press, 1972). De hecho, los estudios sobre Coleridge en el siglo veinte nos han aportado una superabundante cornucopia, con correspondencia (seis volúmenes), cuadernos de notas (transcritas y editadas en diez volúmenes de varios miles de pági-

¹ Trevor H. Levere, *Poetry Realized in Nature: Samuel Taylor Coleridge and Early Nineteenth-Century Science* (Cambridge University Press, Cambridge and New York 1981). Nicholas Roe, ed., *Samuel Taylor Coleridge and the Sciences of Life* (Oxford University Press, Oxford 2001). “Filósofos de la naturaleza” es el término apropiado, porque, aunque había muchas ciencias reconocidas en tiempos de Coleridge, la palabra “scientist” fue acuñada en el año de su muerte (1834), con la subsiguiente aceptación durante el encuentro en Cambridge de la British Association for the Advancement of Science. *Quarterly Review* 51 (1834) 59: *La ciencia ...pierde toda traza de unidad. Curiosa muestra de ello puede ser observada en la carencia de un nombre con el que podamos designar a los estudiosos del mundo material colectivamente. Se nos ha informado de que esta dificultad era sentida de modo muy imperioso por los miembros de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia, en sus reuniones...en los tres últimos veranos...”Philosophers” se estimaba término demasiado amplio y difuso,...; “savants” excesivamente presuntuoso...; algunos ingeniosos caballeros propusieron que, por analogía con “artist” podría formarse “scientist” y añadieron que no había por qué poner reparos al uso de este sufijo, dado que tenemos palabras tales como “sciolist” (sabihondo), “economist” o “atheist”.* (Citado en *Oxford English Dictionary* y).

² *The Collected Works of Samuel Taylor Coleridge*, ed. Kathleen Coburn (Princeton University Press and Routledge, Princeton and London 1969-2002) (a partir de ahora CC), no.7, *Biographia Literaria*, ed. James Engell and W. Jackson Bate, 2 vols. (Princeton University Press, Princeton 1983), vol. 1 p.304: *Sostengo que la IMAGINACIÓN primaria es el vivo Poder y Agente primero de toda humana Percepción, y como una repetición en la mente finita del eterno acto de creación en el infinito YO SOY.*

nas), y sus obras más sistemáticas publicadas o hasta ahora inéditas, y ya disponibles en la magistral, monumental, y muy recientemente acabada edición de los treinta y cinco volúmenes de sus obras completas.

La curiosidad intelectual de Coleridge era insaciable, y las obras de la naturaleza, del espíritu humano y de su propio espíritu, le fascinaban enormemente. Los cuadernos de notas eran sus escritos menos formales y más desinhibidos, escritos en parte para reforzar su asombrosa memoria de cuanto leía, veía o de cualquier otro modo encontraba, y en parte para ir desarrollando sus propias ideas. Sus cartas están más específicamente dirigidas a sus respectivos destinatarios, aunque daba a menudo por supuesto que los demás compartirían su entusiasmo, y estarían interesados en su interpretación de la naturaleza y en sus ideas.

Coleridge leía omnívora y meticulosamente; anotaba en los márgenes de sus libros, y en los márgenes de los libros que le prestaban los amigos, devolviéndolos, según él decía muy enriquecidos. Frecuentaba las bibliotecas, y no es nada seguro afirmar que existiera algún libro en su tiempo, escrito en inglés, latín, griego, alemán o en otras varias lenguas, que él no hubiera leído. El 17 de noviembre de 1796, pocos meses después de su matrimonio y un mes antes de trasladarse con su esposa a Nether Stowey (Stowey Bajo) en Somerset, al oeste de Inglaterra, se describía a sí mismo, en carta al escritor y político radical John Thelwall: *Yo soy, y siempre he sido, gran lector, y he leído casi todo –cormorán de biblioteca–. He profundizado en todos los libros fuera de circulación. Tanto libros de la época monacal como de la era puritana. He leído y digerido a la mayoría de los escritores de Historia; pero no me gusta la Historia. Metafísica y Poesía, y “Hechos del espíritu” –(i.e. narraciones de todos los extraños fantasmas que alguna vez poseyeron tus soñadores de filosofía desde Thoth el Egipcio hasta Taylor, el Inglés pagano) son mis estudios preferidos. En suma, rara -mente leo excepto para divertirme– y estoy casi siempre leyendo.*³

Tenía derecho a llamarse “cormorán de biblioteca”. Como esas aves pescadoras buceaba tras su presa, en este caso los libros, los cogía, los tragaba enteros y los hacía suyos. Puede que no le gustara la Historia, pero interpretaba los “hechos del espíritu” de modo sumamente generoso, incluyendo entre ellos descubrimientos en el mundo natural, o acerca de los más remotos logros de la humanidad. Le atraían la historia natural, la antropología y la etnología, así como los viajes y exploraciones que le aportaban tales conocimientos.

Pocos meses después de trasladarse a Stowey, Coleridge escribió a su amigo el editor Joseph Cottle⁴ describiendo su depresión, algunas veces

³ STC a John Thelwall, 19 de noviembre de 1796, *The Collected Letters of Samuel Taylor Coleridge*, ed. E. L. Griggs, 6 vols. (Clarendon Press, Oxford 1956-1971) (a partir de ahora CL), vol. 1, (1956), p.260.

⁴ STC a Joseph Cottle, CL vol. 1 pp. 320-321

aguda, pero leve en ese momento: *una suerte de sosegada desesperanza se difunde por mi corazón*. Pasó entonces a la discusión sobre poesía, la cual, decía, debería brotar de imágenes sublimes, y no ser mero relato en verso, del tipo que su amigo Southey, e incluso su más admirado Wordsworth, a veces escribían. John Milton, cuyo épico *Paradise Lost* tuvo enorme influencia sobre los principales poetas románticos ingleses, le proporcionó inspiración, pero también parecía ofrecerle un modelo de imposible emulación: *Observa la marcha de Milton –su rigurosa dedicación, su laborioso pulido, sus profundas investigaciones metafísicas, sus plegarias a Dios antes de comenzar su gran poema, todo aquello que pudiera henchir y elevar su intelecto vino a ser su alimento diario*.

Coleridge, más que medio en serio, le dijo a Cottle que *no pensaría yo en dedicar menos de 20 años a un poema épico. Diez para recoger material y ejercitar mi mente con la ciencia universal. Sería un Matemático pasable, conocería a fondo la Mecánica, Hidrostática, Óptica y Astronomía, Botánica, Metalurgia, Paleontología, Química, Geología, Anatomía, Medicina –y después el espíritu del hombre, y después las mentes de los hombres– en todas las Expediciones, Viajes e Historias. Y después dedicaría otros diez años –cinco a la composición del poema y los últimos cinco a su corrección*. El apetito omnívoro de Coleridge por los “fantasmas de la mente” se aliará con su programa de lecturas en este jocosamente imposible plan de estudio, y culminará en el conocimiento de las “*mentes de los hombres* –en todos los Viajes, Expediciones e Historias”. Aquí hallamos al perfecto viajero de butaca en acción. Merece la pena señalar cuán difundidos estaban los viajes de sillón a finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve. La biblioteca de cualquier caballero estaba habitualmente bien provista de relatos de expediciones, y en las revistas y bibliotecas de las instituciones abundaban tales temas. Cuando en la Royal Institution de Gran Bretaña, –en la cual era célebre por su brillante carrera química el amigo de Coleridge Humphry Davy–, se encontraron a principios del siglo veinte con que se estaban quedando sin sitio para libros, desafortunadamente decidieron que el modo más fácil para conseguir un gran y muy necesitado espacio, era deshacerse de los libros de viajes, que constituían una parte muy sustancial de la colección. La Geografía pertenecía a una biblioteca científica, pues era a menudo considerada como ciencia, y muchos exploradores navales, del Ártico y de otras regiones, fueron nombrados miembros de la Royal Society de Londres por sus descubrimientos. Coleridge, sin embargo, no era especialmente aficionado a sumergirse en la literatura de viajes, incluidos sus queridos libros “fuera de circulación”, como preludeo a la composición de poesía épica; más bien, su entusiasmo por el género era expresión de un apetito mucho más amplio y profundo.

Puede que Coleridge discrepara –y de hecho, discrepaba– de las ideas de Wordsworth acerca de la naturaleza de la poesía, pero también admiraba el genio de su amigo, a veces, incluso, plegándose él mismo a las imperiosas necesidades de Wordsworth. Más al caso, para nuestros propósitos, es que

Coleridge y Wordsworth disfrutaban de su mutua compañía y, especialmente en los primeros años de su amistad, se acuciaban uno a otro hacia nuevas cimas y aventuras en poesía. Un año después de que Coleridge se trasladara a Stowey, Wordsworth le visitó y pronto él y su hermana Dorothy se mudaron a una casa de campo cercana a aquél. En noviembre, Coleridge y los Wordsworth salieron juntos de excursión, y decidieron escribir un poema, medio épico medio balada, con el que ganar lo suficiente para pagarse el viaje. Este fue el comienzo, más bien la concepción, de “The Rime of the Ancient Mariner”, “La Balada del Viejo Marino”, que llegó a ser uno de los poemas más célebres y admirados de Coleridge, una fantasmagórica narración del pecado, del disparo desalmado a un inofensivo albatros, seguido de sufrimiento, expiación, y la vuelta redentora al amor y la oración, y la subsiguiente penitencia, todo ello en el contexto de una travesía marítima hacia los mares del sur, repleta de alusiones geográficas, náuticas y de historia natural. El plan original era escribir la balada juntos –Coleridge y Wordsworth ya habían colaborado en la redacción de “The Three Graves” (Las Tres Tumbas), obra menos conocida (y con razón)–. Wordsworth contribuyó sustancialmente en la trama, sugiriendo *el tema del crimen, la persecución y la marcha errabunda...; el disparo al albatros...; y la tripulación compuesta por hombres muertos.*⁵ Wordsworth había leído la obra de George Shelvocke *A Voyage round the World by Way of the Great South Sea, Performed in the Years 1719-1772 (1776)*, una narración del viaje del *Speedwell*, que incluía el relato del disparo a un albatros. Pero a pesar del entusiasmo de ambos, la colaboración entre Coleridge y Wordsworth pronto se rompió, retirándose Wordsworth del proyecto, principalmente porque no le gustaban las acciones sobrenaturales que Coleridge construía con y alrededor del tema original, convirtiendo la narración en alegoría. Se puede calibrar la receptividad de Coleridge a las manifestaciones sobrenaturales mediante la respuesta que dio a una señora que en cierta ocasión le preguntó si creía en fantasmas: *La Razón de que no creyera en la existencia de Fantasmas era que yo mismo había visto demasiados.*⁶

Parte del aparato del poema de Coleridge es una serie de glosas marginales, que incluyen un relato directo sobre una travesía hacia el sur, con historias de genios del aire y de las profundidades abisales. Consideremos primero la narración de la travesía, elementos espirituales aparte, en estas glosas: *El Marino cuenta cómo el barco navegaba hacia el sur con viento favorable y buen tiempo, hasta que alcanzó la línea –i.e. el ecuador. El barco arrastrado por una tormenta hacia el polo sur. El país del hielo, de los soni-*

⁵ CC, no. 16, *Poetical Works*, ed. J. D. C. Mays, 3 parts en 6 vols. (Princeton 2001), part 1 vol. 1, p.366

⁶ *The Notebook of Samuel Taylor Coleridge*, vols. 1-4 ed. Kathleen Coburn, Vol. 5 ed. A. Harding, 5 vols. En 10, Bollingen Series L (Bollingen Foundation and Princeton University Press, New York and Princeton 1961-2002) (a partir de ahora CN), vol. 1 entry 2583.

dos pavorosos, donde no se ve nada viviente... El barco ...volvió hacia el norte a través de la niebla y el hielo... La suave brisa continúa; el barco entra en el Océano Pacífico, y navega hacia el norte, hasta alcanzar la línea. El barco había quedado repentinamente parado. Esto apenas nos lleva hasta la primera cuarta parte del poema. Las tres cuartas partes restantes llevan al marinero de vuelta a su país natal, pero lo hacen de modo tan espiritual y sobrenatural, que resultan sumamente distintas a la primera, de corte narrativo y geográfico.

En 1927 John Livingston Lowes publicó un estudio pionero sobre las lecturas de Coleridge implícitas en la composición de “Kubla Khan” y “La Balada del Viejo Marino”.⁷ Señaló que la descripción de la travesía geográfica de Coleridge era un breve resumen de la historia de la exploración del sur. En 1520 Magallanes entró en el océano Pacífico a través del estrecho que ahora lleva su nombre. En 1578, Francis Drake navegó por el estrecho de Magallanes, fue arrastrado por una tormenta hacia el Polo y, al sur del Cabo de Hornos, se encontró en mar abierto. En 1772, el año del nacimiento de Coleridge, el capitán James Cook partió en su segundo viaje para intentar descubrir qué había más allá del Círculo Antártico, y descubrió la helada planicie austral. Después de aquello, como señala Lowes: *Nave tras nave pusieron rumbo hacia el sur en el Atlántico, pasando la curva del oeste de África con forma de calavera* –algunos de ellos recalando en las Islas Canarias, otros fallando en el intento de hacerlo, como ocurrió en la generación siguiente a la de Coleridge, al *HMS Beagle* de Fitz Roy, para enorme decepción de Charles Darwin, quien vehementemente deseaba explorar la historia natural y la geología de las Islas Canarias. El viaje del *Beagle* fue, por lo demás, típico entre aquellas primeras travesías. Cruzó el ecuador –i.e. la Línea– y se dirigió *rodeando el codo saliente de Brasil* hacia el Cabo de Hornos. Los barcos que habían navegado hasta tan lejos *eran arrastrados (salvo que tuvieran la suerte de su parte) pasado el cabo, hacia planicies de hielo flotante. Rodeado el cabo, eran impulsados por los vientos alisios de nuevo hacia la Línea, para quedar en calma chicha durante días o semanas, bajo un cielo ardiente que se derretía sobre sus cabezas, en un mar hechizado y sin un soplo de aire.*

El Viejo Marino de Coleridge fue siguiendo una ruta convertida en familiar por casi tres siglos de exploración. Pero cuando Coleridge escribió su poema jamás había estado fuera de las Islas Británicas. Su conocimiento, tanto de la ruta como de los detalles de tal viaje, provenía de extensas y esotéricas lecturas, transformadas por su brillante capacidad de asociación y por la habilidad y la fuerza imaginativa de un gran poeta. Lowes ha mostrado cómo el poema incorpora las vastas lecturas de Coleridge. Tiende a asumir, empero, que la secuencia de los apuntes de Coleridge en sus cua-

⁷ John Livingston Lowes, *The road to Xanadu: A Study in the Ways of the Imagination* (Boston & New York, Houghton Mifflin, 1927), p.123

ernos de notas corresponde a la secuencia en que fueron escritos. Sin embargo Coleridge a menudo usaba varios cuadernos al mismo tiempo, abriendo el primero que tuviera a mano por la primera página con sitio en blanco (lo cual no es necesariamente lo mismo que decir la última página usada), y utilizando prácticamente todo espacio disponible. Una edición meticulosa ⁸ de sus cuadernos de notas ha dejado claro el proceso. El resultado es una secuencia cronológica menos caótica que la que asume Lowes, pero en cualquier caso maravillosamente rica y variada.

Cuando Coleridge escribió “El Viejo Marino”, nadie había alcanzado todavía la Antártida. El capitán Cook había descubierto la banquisa (mar helado) que comienza en el Círculo Polar Antártico, pero qué hubiera más al sur era aún desconocido. Se habían hecho, sin embargo, muchos viajes al Ártico, una región en la que continentes y archipiélagos rodean a un océano cubierto de hielo, y en donde innumerables icebergs se desgajan de los glaciares, para flotar en el mar. A finales del siglo dieciocho balleneros, exploradores y armadores habían navegado alrededor de la mitad sur de Groenlandia, familiarizándose con Svalbard (Spitzbergen), y con gran parte de la Bahía de Hudson, así como con las quebradas costas del océano Ártico.

La búsqueda del Paso del Noroeste había calado en la imaginación geográfica de los lectores ingleses desde el siglo XVI, y Coleridge conocía la narrativa sobre expediciones. Hacia 1570 Martin Frobisher llegó a la Isla de Baffin, en lo que es ahora el archipiélago ártico canadiense, en busca de oro. Las muestras del mineral que trajo consigo no eran oro auténtico, sino pirita de hierro, sin ningún valor. John Davis, magnífico navegante, redescubrió Groenlandia hacia 1580, navegó hacia el norte por su costa oeste pasando la isla Disko, y se aventuró en el archipiélago ártico canadiense. En 1609 Henry Hudson salió hacia el Mar de Barents (así llamado por el gran duque, explorador de Svalbard y Novaya Zemlya en el siglo XVI), pero su tripulación le obligó a navegar hacia el oeste, y le abandonó en una isla de la gran bahía que ahora lleva su nombre. Hubo otros muchos viajes al Ártico durante los siglos diecisiete y dieciocho. Los primeros libros de viajes eran publicados bien por separado bien en antologías; una de las más notables era la de Richard Hakluyt *Principal Navigations...* (1598-1600).⁹ Coleridge, cormorán de biblioteca *sui generis*, devoraba estos relatos, incluyendo éste de Hakluyt, el de Frederick Marten *The Voyage into Spitzbergen and Greenland, in An Account of Several Late Voyages and Discoveries to the South and North...* By Sir John Narborough, Captain Jasmen Tasman,

⁸ CN.

⁹ Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation: made by sea or over-land, to the remote and farthest distant quarters of the earth, at any time within the compasse of tese 1500 yeeres: divided into three severall volumes, according to the positions of the regions, whereunto they were directed ...* (London 1598-1600)

Captain John Wood, and Rederick Marten of Hamburgh (London 1694), el de Alexander Dalrymple *A Collection of Voyages Chiefly in the Southern Atlantick Ocean: Published from Original Manuscripts* (London 1775), el de David Crantz *The History of Greenland: Containing a Description of the Country and its Inhabitants... Translated from the High Dutch*, 2 vols. (London 1767), y muchas otras. El trabajo de los editores de la obra de Coleridge, especialmente de sus *Cuadernos de Notas y Marginalia* ha enriquecido enormemente nuestro conocimiento acerca de sus lecturas; y la obra precursora e independiente de Lowes, aunque a menudo menos concluyente, también documenta buena parte de tales lecturas, y sugiere muchas otras. Lowes tiende a asumir que la coincidencia de una sola frase, a veces incluso de una sola palabra, entre “El Viejo Marino” de Coleridge y los textos que pudo haber leído, es suficiente para demostrar que de hecho los leyó. Aunque tal evidencia sea endeble, probablemente lo hizo. Coleridge nos dice explícitamente que conocía y apreciaba varios libros de viajes que forman parte del transfondo del “Viejo Marino”. Uno de ellos es el libro de William Bartram, *Travels through North and South Carolina, Georgia, East and West Florida, the Cherokee Country, the Extensive Country of the Muscogulges, or Creek Confederacy, and the Country of the Chactaws; containing an account of the Soil and Natural Productions of those regions, together with Observations on the Manners of the Indians* (Philadelphia, 1791). Coleridge lo tuvo en mente al componer, en 1797, *Kubla Khan*, (publicado en 1798) y al escribir el “Viejo Marino”. Cuando en el año 1800 el amigo de Coleridge Webb Tobin se dispuso a visitarle en la Región de los Lagos, Coleridge le pidió que llevara consigo tal libro¹⁰. Fue probablemente esta misma copia la que en 1801 regaló a Sara Hutchison, la mujer con la que hubiera querido casarse. En una nota bajo la dedicatoria, escribió: *Este no es, propiamente hablando, un Libro de Viajes; sino una serie de poemas, principalmente descriptivos, sugeridos por los Objetos que el Viajero observó. –Es un Libro delicioso; y como de todas las cosas deliciosas, debe tomarse sólo un poco cada vez.*¹¹

Veinticinco años más tarde, en una conversación de sobremesa, declaró: *El último de los libros de viajes que conozco, escrito con el espíritu de los viejos navegantes, es la narración de Bartram de su viaje por las Floridas. Es una obra de gran mérito en toda su extensión*¹². He aquí, claramente, una obra que había impresionado su imaginación y a la cual volvió, si no de hecho sí con la memoria, durante más de media vida. La obra de Samuel Purchas *Purchas his Pilgrimage, or Relations of the World and the Religions*

¹⁰ STC a Tobin, 25 Julio 1800, CL, p. 613

¹¹ CC no. 12, *Marginalia*, 6 vols., vols. 1-2 ed. George Whalley, Vols 2-6 ed. H. J. Jackson and George Whalley (Routledge, London 1980-2001), vol. 1 (1980), p. 227

¹² CC no. 14, *Table Talk*, 2 vols. editado por Carl Woodring, vol 2 (London y Princeton, Routledge and Princeton University Press, 1990), 12 Marzo 1827, p. 57.

observed in all Ages and Places discovered, from the Creation unto this Present... (London 1617) fue otro de esos libros, frecuentemente hojeado por Coleridge y rebosante de material sobre viajes.

Es ya el momento de abordar de qué modo los relatos de las expediciones estuvieron presentes en la elaboración de la “Balada del Viejo Marino”. Pero antes una pequeña advertencia. Coleridge revisitó y revisó muchos de sus poemas a lo largo de su vida, hasta llevar a cierto comentarista a describirlos como en un estado de “inestabilidad textual”¹³. La más reciente y definitiva edición¹⁴ de los poemas de Coleridge, llevada a cabo por J. C. C. Mays, aclara este aspecto en lo que respecta al “Viejo Marino”. Coleridge lo compuso entre 1797 y 98, lo reformó a lo largo de los años, publicó una versión muy corregida en 1817 y aprobó el nuevo texto publicado el último año de su vida, en 1834. Para nuestros propósitos, esta última versión resulta tan útil como la primera y, dado que contiene deliberadamente mucho menos lenguaje arcaico, es más accesible y por tanto será la versión que aquí manejaré.

La travesía hacia el sur descrita por el Marino, en su relato al Invitado a una boda, oyente contra su voluntad e indefenso, difícilmente podría ser trazada con mayor brevedad. El sol salía por la izquierda y se ponía por la derecha:

Higher and higher every day,
Till over the mast at noon –
The Wedding-Guest here beat his breast,
For he heard the loud bassoon

Más y más alto cada día
Hasta que sobre el mástil a mediodía...
Aquí el convidado a la boda se golpeó el pecho
Pues oyó del fagot la melodía

Con el sol en lo alto a mediodía, el barco había alcanzado el ecuador. Cualquier otra alusión a la parte de la travesía que se realiza en el Atlántico es omitida; Sudamérica es ignorada. Pero las tormentas al sur de Hornos desempeñan un rol esencial, y el viento es personificado:

And now the storm-blast came, and he
Was tyrannous and strong:
He struck with his o’ertaking wings,
And chased us south along.
...
The ship drove fast, loud roared the blast,
And southward aye we fled.

¹³ *Samuel Taylor Coleridge*, ed. H. H. Jackson, The Oxford Poetry Library (Oxford University Press, Oxford 1994), p. xvii.

¹⁴ CC, *Poetical Works*, (ver nota 5)

Y en esto vino la tormenta, y era
 Tiránica y fuerte:
 Nos golpeó con sus alas hechiceras
 Y hacia el sur nos derivó.
 El barco navegó raudo, horrísona sonó la tempestad
 Y hacia el sur, sí, nos deslizamos

Después vino el hielo –témpanos, icebergs y banquisas:

And now there came both mist and snow,
 And it grew wondrous cold:
 And ice, mast-high, came floating by,
 As green as emerald.
 The ice was here, the ice was there,
 The ice was all around:
 It cracked and growled, and roared and howled
 Like noises in a swound.

Y ahora vinieron la niebla y la nieve
 E hizo un frío terrible
 Y el hielo, como el mástil de alto
 Y verde esmeralda, venía flotando
 Había hielo aquí, había hielo allí
 El hielo nos rodeaba
 Crujía y gruñía, rugía y aullaba
 Como los ruidos al desmayarse¿?

El barco quedó varado en el hielo. James Cook había descrito la banquisa antártica. Otros a quienes Coleridge había leído describieron los ruidos del Ártico, rugiendo, bramando y resquebrajándose con crujidos como truenos. Incluso la palabra “swound”, ya arcaica en tiempos de Coleridge y generalmente reemplazada por “swoon” (desmayarse), aparece en el relato sobre Barents: Los hombres, soportando el invierno en su tercer viaje, yaciendo ateridos de frío en sus camarotes y aún así sofocados por el humo y el monóxido de carbono de un fuego mal ventilado, oían los restallidos del hielo aún cuando estaban a punto de desmayarse: y el hombre que abriendo la puerta les salvó, *cayó desmayado* –“*in a swound*”– *sobre la Nieve*. Es una palabra lo suficientemente inusual como para pensar que Coleridge tenía este relato particular en mente y, más en general, es seguro que tuvo en mente las primeras narraciones sobre el Ártico al cincelar su obra poética¹⁵. Las planicies heladas del norte podrían ser excelentes modelos y estímulos para sus relatos sobre las del sur, el hielo seguramente sería igual más allá del círculo polar Antártico que más allá del Ártico y, en cual-

¹⁵ Lowes, *Road to Xanadu*, p. 147

quier caso, ninguno de los lectores de Coleridge tenía experiencia alguna del Antártico que sirviera para contradecirle. El continente Antártico sólo llegó a ser bien conocido por el público lector a partir de la década de 1840 cuando James Clark Ross volvió de su viaje de investigación geográfica, geomagnética y científica en general, habiendo cartografiado el mar de Ross y la Barrera de hielo del mismo nombre.

El Viejo Marino, sus compañeros, y la nave que los llevaba, quedaron atascados en el hielo. Después vino un gran pájaro marino, un albatros, ave de buen agüero:

As if it had been a Christian soul
We hailed it in God's name.

Como si hubiera sido cristiano,
En nombre de Dios le saludamos.

Los marineros adoptaron al pájaro, que venía por comida; y de repente el barco quedó libre:

The ice did split with a thunder-fit;
The helmsman steered us through!

El hielo se partió con estrépito de trueno
El timonel pudo avanzar entre él.

El hielo se había partido con estrépito de trueno en más de una narración de Purchas y, en la expedición al Ártico dirigida por el comandante Constantine Phipps un año después del nacimiento de Coleridge, el barco quedó atrapado en el hielo, cuando *El Omnipotente... hizo que... el hielo se partiera de modo atronador, quebrándose y desmoronándose con un ruido estrepitoso, sobre - pasando el del más fragoroso trueno*¹⁶. La expedición de Phipps, rumbo al nordeste hacia el polo, fue en parte exploración geográfica y en parte para propósitos científicos más generales. En años posteriores, especialmente después de la victoria de Nelson en las guerras napoleónicas, la expedición sería recordada principalmente por la hazaña del joven Horacio Nelson, quien, explorando lejos del barco en un témpano de hielo, se peleó con un oso polar, ahuyentado finalmente por los cañones del barco. Para Coleridge en los años 1797-98 las descripciones del hielo eran lo que importaba¹⁷. Una vez liberados del hielo, la nave del Viejo Marino cogió viento sur:

¹⁶ Constantine John Phipps, *The Journal of a Voyage... For making Discoveries towards the North Pole. By the Hon. Commodore Phipps*, London 1774, p.82, citado por Lowes, *Road to Xanadu*, p.146

¹⁷ T. H. Lovere, *Science and the Canadian Arctic: A Century of Exploration 1818-1918* (Cambridge University Press, New York 1993), pp. 37-38. El cuadro de Nelson y el oso, de Richard Westall (1781-1850) está en el National Maritime Museum, Greenwich.



Fig. 1. Samuel Taylor Coleridge.



Fig. 2. Paysage de Lake District.



Fig. 3. *The ice was here, the ice was there. The ice was all around.* Ilustración de Gustave Doré para "The Rime of the Ancient Mariner".



Fig. 4. *I looked upon the rotting sea. And drew my eyes away.* Ilustración de Gustave Doré para "The Rime of the Ancient Mariner".

...a good strong wind sprung up behind,
The albatross did follow.

Un fuerte viento favorable nos empujó adelante
El albatros nos siguió.

Después el Marino disparó al albatros, aquella *ave pía de buen agüero*, con su ballesta. A pesar de tal crimen, el favorable viento del sur continuó. Coleridge constantemente se refiere a él como *la brisa (the breeze)* y, tal como señaló Lowes, la *brisa (brise)* era el término dado, en la obra de Purchas y en las demás, a los vientos alisios que soplan desde el sureste al ecuador, en terminología conocida para los lectores cuando Coleridge escribió “El Viejo Marino”¹⁸. La travesía desde la masa helada del sur hasta el trópico está trazada con tanta viveza en el relato poético de Coleridge como lo estuvo la travesía hacia el sur desde los trópicos al país del hielo y la nieve.

Entonces la nave quedó repentinamente en calma chicha en el trópico, parada, día tras interminable día, bajo el sol ecuatorial. Aquí, si uno ignora las partes sobrenaturales del poema, hay una experiencia que muchos barcos habían tenido. Y aquí, en una experiencia distinta a la de cualquier otro velero, acaba la travesía geográfica y comienza la travesía sobrenatural. Pero antes vino una reconciliación con la naturaleza, en forma de serpiente de agua, y el resurgir del amor y la oración. Todos los compañeros de tripulación del Marino murieron, pero él sobrevivió, soportando la conciencia de su crimen –al matar al albatros– aborreciéndose a sí mismo y aborreciendo la vida marina en su derredor:

The many men, so beautiful!
And they all dead did lie;
And a thousand thousand slimy things
Lived on; and so did I.

¡Tantos hombres, tan hermosos!
Y todos cayeron muertos;
Y miles, miles de seres viscosos
Sobrevivieron; y yo entre ellos.

Entonces vino la transformación; la vida marina –serpientes de agua– ahora le parecía hermosa, y las bendijo. Este fue el comienzo de la salvación del Marino, pero no antes de mucha penitencia. Lowes muestra de modo convincente que las descripciones que hace Coleridge de las serpientes de mar se basan en literatura hoy familiar para nosotros, incluyendo al capitán Cook, Purchas, e incluso la de Marten sobre Spitzbergen y Groenlandia. Coleridge no parece amilanarse más ante la transposición de criaturas del

¹⁸ Lowes, op.cit., pp. 128-9

Ártico al ecuador de lo que lo estuvo al transponer el hielo ártico al antártico. Incluso tomó descripciones de la Aurora boreal y las usó para conseguir efectos dramáticos en la narración de los trópicos. Excepto en la despreocupación por la localización, la vida y colorido de sus descripciones son meticulosos, llenos de particularidades.

Coleridge fue más que un viajero de butaca, fue un gran observador y explorador de la naturaleza que le rodeaba en su país natal, en el oeste de Inglaterra, en la Región de los Lagos, y en sus caminatas allí donde estuviera. Siempre estaba atento al detalle, la forma de una nube, el color de una llama, el movimiento de un insecto –y atendía siempre también a una visión más amplia, incluso al significado cósmico de esos detalles –*el mundo en un grano de arena* de Blake. Ver lo universal en lo particular, e interpretar la naturaleza como una representación simbólica de lo que él entendía como las ideas platónicas de Dios, era el modo de Coleridge de relacionarse con la naturaleza, y en parte la fuente de su imaginación poética. En 1795 se preguntaba:

And what if all of animated nature
Be but organic harps diversely framed,
That tremble into thought, as o'er them sweeps
Plastic and vast, one intellectual breeze,
At once the Soul of each, and God of all?¹⁹

¿Y qué si toda la naturaleza animada
Fuera sólo melodías diversamente moduladas,
Que vibran en el pensamiento, cual turbión
Plástico e inmenso, una brisa intelectual,
A la vez el Espíritu de cada una, y Dios de todas?

Y en 1798, antes incluso de trasladarse a la Región de los Lagos, contrastaba su propia infancia urbana con la libertad en las montañas que preveía para su hijo Berkeley, nacido ese mayo:

... For I was reared
In the great city, pent 'mid cloisters dim,
And saw nought lovely but the sky and stars.
But thou, my babe! shalt wander like a breeze
By lakes and sandy shores, beneath the crags
Of ancient mountain, and beneath the clouds,
Which image in their bulk both lakes and shores
And mountain crags: so shalt thou see and hear
The lovely shapes and sounds intelligible
Of that eternal language, which thy God
Utters, who from eternity doth teach
Himself in all, and all things in himself.

¹⁹ "The Eolian Harp" (1795).

...Pues fui criado
 En la gran ciudad, enclaustrado entre oscuridades de convento
 Y nada hermoso vi excepto las estrellas y el cielo.
 ¡Pero tú, mi pequeño! Vagarás como la brisa
 Por lagos y riberas de arena, bajo los riscos
 De viejas montañas, y bajo las nubes
 Que imaginan en su seno lagos, riberas
 Y desfiladeros: así verás y oirás
 Las hermosas formas y los inteligibles sonidos
 De ese eterno lenguaje con el que Dios
 Se expresa, quien desde la eternidad se muestra
 A Sí mismo en todo, y todas las cosas en sí mismo.²⁰

Pero ¡ay!, el pequeño Berkeley murió el febrero siguiente, dos días antes de que Coleridge, estudiando en Alemania durante su primer viaje al extranjero, llegara a la universidad de Gotinga. La noticia de la muerte de Berkeley le llegó en abril, lo cual no le privó de emprender una marcha a pie por los Montes Hartz, en una partida que incluía a Charles y Frederic Parry, hermanos del futuro explorador del Ártico y William, cuyas narraciones, junto con las de Otto von Kotzebue, Coleridge más tarde devoró²¹. Su respuesta a las montañas por esta época se expresaba en términos de cierta pomposa sublimidad, pero ello iba a cambiar. Volvió a Stowey en julio de 1799, habiéndose apresurado muy poco para consolar a su mujer por la pérdida del hijo. En octubre y noviembre, hizo su primera excursión por la Región de los Lagos con Wordsworth, y en julio del año siguiente se trasladó allí, para estar cerca de las montañas, cerca de Wordsworth y cerca de Sara Hutchison, cuñada de Wordsworth.

Caminar (estaba encantado con sus botas a medida para la montaña), trepar y escalar (no profesionalmente, pero escalar en cualquier caso) devinieron paulatinamente consuelo y solaz y, literalmente una fuente de re-creación para él. Cuando sufría de depresión o por efecto de la deshabitación al láudano (solución de opio y alcohol), las montañas eran su mejor cura y reconstituyente. En agosto subió a Helvellyn por la imponente arista que ahora llamamos Striding Edge: *Subí ese escarpado y estrecho desfiladero, a mi derecha el precipicio y el pantano a mis pies –a mi izquierda los Tairns*

²⁰ “Frost at Midnight” (1798)

²¹ CL vol. 1, STC a su mujer Sara, 17 de mayo de 1799. CN vol. 4 (1990), entrada 5328 (1826): *a los hombres en general les gustan los Viajes de Franklin por la zona helada o las travesías de Parry.* CN vol. 4 entrada 4848 (1823) contiene notas de la obra de Franklin *Narrative of a Journey to the Shores of the Polar Sea, in the Years 1819...1822* (1ª ed 1823): *No menos instructiva que interesante, y digna de pasar a ser la sucesora de los volúmenes de Hearne y Mackenzie.* Coleridge copió una cita del libro de Otto von Kotzebue, *A Voyage of Discovery into the South Sea and Beering's Straits, por the purpose of exploring a North-East Passage, undertaken in the years 1815-1818* (1821), in CN vol 4 entry 4841 (1821-22): *La Isla verde que se demostró era un iceberg, masas de hielo puro hasta la altura de cien pies, oculto bajo una rica capa de musgo y hierba.*

y otro precipicio doblemente elevado que el anterior... viajando a lo largo de la arista vine a parar al otro lado del precipicio, y allá debajo a mi izquierda –no –no! Ninguna palabra puede expresar ni remotamente tal prodigiosa inmensidad / ese magnífico precipicio por este lado, excepto su cresta, aguda como cuchillo dentado, el fondo tan lejano y entonces la ascensión tan audaz ...²². En 1802 escaló el Scafell, la montaña más alta de Inglaterra, y escribió a Sara Hutchinson acerca de ello: *Subí al Scafell por el lado de un torrente, y trepé y descansé, descansé y trepé, hasta que alcancé la misma cima del Scafell... Incluso hasta Black Coomb – ante mí morían todos los montes, corriendo hacia abajo, hacia el oeste y hacia el mar...; Oh Dios mío! Qué enormes montañas junto a mí...*²³.

Se arriesgaba sin cuidado, casi ávidamente, y se jactaba de ello ante Sara Hutchinson:²⁴ *Existe un tipo de juego de azar al cual soy muy aficionado; y no es el menos criminal para un hombre que tiene hijos y responsabilidades. –Es éste. Cuando encuentro conveniente descender de una montaña, me siento demasiado confiado e indolente para buscar un sendero o alguna otra vía segura; en vez de eso merodeo un poco, y por el primer sitio por el que me parece posible descender, ahí voy– confiando a la fortuna hasta dónde podré bajar. Así ocurrió esta tarde. Atravesé un gran despeñadero, bordeado de precipicios y me encontré el paso cortado por la enorme cima de un risco, que parecía rivalizar con el Scafell en altura, y sobrepujarlo en fiereza. Una cresta se alzaba abajo, al fondo, y dividía este despeñadero... Por el primer sitio al que llegué que no fuera simplemente un peñasco, me dejé caer descolgándome, y así seguí un trecho con relativa facilidad. Después venían una serie de escarpadas pendientes y cornisas, acabando en gran caída con una estrecha repisa sobre un abismo mortal, y Coleridge, temblando de emoción y agotamiento: *Me temblaban todos los miembros –me tumbé sobre mi espalda para descansar, y estaba empezando, de acuerdo con mi costumbre, a reírme de mí mismo por loco, cuando la vista de los despeñaderos sobre mí a ambos lados, y las impetuosas nubes sobre ellos, viajando tan imponentemente hacia el norte, me arrebataron, y yací en un estado de trance y deleite casi profético, y bendije a Dios en alto, por el poder de la razón y la voluntad, que nos recuerdan que ningún peligro puede derrotarnos!* Se recobró lo bastante como para mirar a su alrededor, y encontró una grieta o chimenea en las rocas y descendió justo antes de que se desencadenara una tormenta.*

Tales experiencias eran sublimes además de temerarias, y Coleridge, hombre joven todavía, nunca se lesionó en los montes. Es chocante que, aunque le gustaba caminar y trepar en compañía, sus ascensiones mayores las hiciera siempre solo, y sus experiencias más exultantes de lo sublime

²² CN vol.1 (1961) entrada 2798, Agosto de 1800

²³ CL vol.2(1956),p.840,STC a Sara Hutchinson, 1-5 de Agosto de 1802

²⁴ Cl vol.2 pp. 841-845, STC a Sara Hutchinson, 6 de Agosto de 1802

ocurrieran cuando estaba solo en la montaña. Como observaba después de una marcha con Southey y Hazlitt en 1803– *Tengo que estar solo, si mi imaginación o mi corazón han de exaltarse o enriquecerse*²⁵.

Al leer los apuntes de Coleridge sobre las montañas en sus cuadernos de notas o en sus cartas, su energía, entusiasmo y resistencia son tan impactantes que es fácil olvidar los problemas, de cuerpo y mente, que le aquejaban. Era rechoncho, no podía respirar por la nariz– *así que mi boca, de gruesos labios sensuales, está casi siempre abierta*²⁶ –y estaba convencido de que padecía alguna clase benigna de escrófula. Es casi seguro que tuvo fiebres reumáticas de pequeño y los médicos, incluido su amigo y mentor el Dr. Thomas Beddoes²⁷, le recetaron láudano. Esta medicina se utilizaba entonces tanto como hoy la aspirina, y fue la causa directa de la adicción al opio de Coleridge, y de muchos otros²⁸. Padeció todos los sufrimientos típicos de la desintoxicación durante su larga lucha para superar su adicción, lucha de la cual salió victorioso a menudo, con la ayuda personal y médica de James Gillman. Y tenía depresiones, una enfermedad que parece haber estado espantosamente extendida entre los poetas románticos²⁹. A lo largo de su vida, sufrió largos periodos de enfermedad. Caminar hasta cuarenta millas a través de las montañas, día tras día, era en ese contexto, un sorprendente reconstituyente, pero no cabe duda de que a él le servía.

Desde 1802 hasta 1804 se estuvo planteando si trasladarse a vivir en un clima más cálido y saludable que el de Inglaterra –los Lagos tienen uno de los climas más húmedos de Europa–. En diciembre de 1802 escribió a su hermano James que estaba *decidido a pasar el próximo año o dos años de mi vida en Madeira, Tenerife o Lisboa con mi familia*.³⁰ Puede que la idea de ir a Tenerife surgiera hablando con su amigo y benefactor Tom Wedgwood³¹, hermano menor de Josiah Wedgwood el alfarero. Tom tenía mala salud, era también paciente del Dr. Beddoes, y murió joven. Wedgwood estaba siempre hablando de Tenerife; Coleridge pidió a su mujer que lo buscara en la enciclopedia³². Para navidades ya había decidido que iría a la Islas Canarias, y así escribió a Southey: *En cuanto a mi propia salud, es completamente indiferente. Soy excesivamente moderado con cualquier cosa –me abstengo completamente de tomar vino, alcohol o licores – casi*

²⁵ CN I entrada 1607, Octubre 1803

²⁶ CL I no. 156, STC a Thelwall 19 de Noviembre de 1796

²⁷ Dorothy Stansfield, *Thomas Beddoes M.D. 1760-1808* (1984); T.H. Levere, *Chemists and Chemistry in Nature and Society 1750-1858* (Hants., Variorum, Aldershot 1994)

²⁸ Alethea Hayter, *Opium and the Romantic Imagination* (Faber, London 1968)

²⁹ Kay R. Jamison, *Touched with fire: manic-depressive illness and the artistic temperament* (Free Press and Maxwell Macmillan, New York and Toronto 1993).

³⁰ CL I, STC to James Coleridge 14 de Diciembre, de 1802

³¹ Richard B. Litchfield, *Tom Wedgwood, the first photographer: an account of his life, his discovery and his friendship with Samuel Taylor Coleridge...* (Duckworth, London 1903)

³² CL vol. 2, pp. 882-885, STC to Sara Coleridge 16 November 1802.

del todo de tomar té – rechazo todo alimento fermentado o vegetal –exceptuando el pan –muy raramente– vivo casi por completo de huevos, pescado, carne y aves – y así consigo no estar enfermo, pero bien no estoy – y con este clima jamás lo estaré. Una ligera escrófula, pero profundamente arraigada me corroe. Estoy totalmente decidido a probar Tenerife o Gran Canaria, prefiriéndolas a Madeira por el simple hecho de que la vida es más barata. El clima y el lugar son paradisíacos –de hecho, la única pega para una mentalidad inglesa y protestante como la de Coleridge era que todos los habitantes eran católicos³³.

Pero independientemente de las desventajas del invierno Inglés (e incluso del verano inglés, que en Los Lagos puede ser frío y húmedo), el espíritu de Coleridge se inflamaba cuando estaba en la montaña. Tres semanas después de quejarse de su salud y del clima a Southey, se encontró atrapado en una tormenta en las montañas, y pensó que jamás saldría de ella. Escribió a Tom Wedgwood: *Con total franqueza, nunca me encuentro solo entre las rocas y los cerros, viajero por camino alpino, sino que mi espíritu revolotea, corre y se arremolina como una hoja en otoño: una actividad salvaje, de pensamientos, imaginaciones, sentimientos, e impulsos, se eleva desde mí – una suerte de viento del fondo, que sopla hacia ningún lugar y procede de no sé dónde, pero me agita de arriba a abajo; todo mi ser está lleno de olas, como si dijéramos, que se enrollan caprichosamente, hacia aquí, hacia allá, como cosas sin dirección definida. Pienso, que mi espíritu ha debido preexistir en el cuerpo de un cazador de gamuzas... cuanto más subo desde la Naturaleza animada... mayor se vuelve en mí la Intensidad del sentimiento de Vida... no creo posible que ningún dolor corporal pudiera arrebatarme el amor y la alegría, que siento tan consustancialmente parte de mí, cuando voy hacia los cerros, las rocas y los acantilados!³⁴*

Coleridge encontraba los cerros y montes reconstituyentes, pero era una cura que nunca duraba mucho lejos de las montañas, y en 1804, tras dos años de vacilación acerca de tal viaje, y de duda sobre si elegir el Mediterráneo o climas más cálidos, partió, sin compañía de esposa o hijos, hacia Malta, vía Gibraltar³⁵. Las guerras napoleónicas todavía arrasaban Europa y sus mares circundantes, Gran Bretaña estaba luchando contra Francia y España. No era seguro para los barcos de viajeros o mercancías navegar solos. A principios de abril, Coleridge se encontraba esperando en Portsmouth el barco *Speedwell* que habría de llevarle al sur, y al buque insignia *HSM Leviathan* y el resto de la flota que había de proteger el convoy. El *Speedwell* –curiosamente así también se llamaba el barco de la narración de

³³ CL vol.2 pp. 902-903, STC to Southey 25 December 1802.

³⁴ CL vol. 2 p. 916, STC to Tom Wedgwood 14 January 1803.

³⁵ La mejor narración sobre la residencia de Coleridge en Malta, y de sus viajes por Sicilia e Italia en el viaje de vuelta es la de Richard Holmes, *Coleridge: Darker Reflections* (London, Harper Collins, 1998), pp. 1-63. Ver también Alethea Hayter, *A Voyage in Vain: Coleridge's Journey to Malta in 1804* (Faber, London 1973).

Shelvocke, de la cual Wordsworth había tomado la idea central del disparo de un albatros –era un buque mercante que llevaba cañones a Trieste–; todo el convoy transportaba provisiones y armas para la flota de Nelson y para los puertos aliados e, incluso con su escolta naval, el viaje no estaba exento de peligro. El convoy de las Indias Occidentales que había partido cinco días antes que el *Leviathan* encontró mal tiempo y sufrió la pérdida de varias naves, y había habido otras pérdidas importantes recientes, tal como Coleridge escribía desde Gibraltar: *Anteayer vi un comunicado procedente de Barcelona, dando noticia de que el Swift Cutter con despachos para Lord Nelson había sido abordado por un Corsario francés, que tomó los despachos y mató al Capitán en los primeros momentos del enfrentamiento; y el mismo comunicado transmitía noticias todavía más lúgubres, acerca de la total pérdida del Indostán por el fuego enemigo desde la costa española (cargado con municiones y pertrechos navales para Malta, donde estaban muy apurados por su escasez)*³⁶. El convoy del *Leviathan* hizo una buena travesía hasta Gibraltar, y Coleridge, aunque mareadísimo por las noches, pronto se habituó al mar, y durante el día se dedicó a escribir, hablar con los marineros, y observar el mar, las costas y la naturaleza a medida que se acercaban al sur. Quedó fascinado por el Mediterráneo, y encantado con el Peñón de Gibraltar –que no le enardecía tanto espiritualmente como la Región de los Lagos, pero resultaba un lugar espléndido donde practicar sus habilidades montaÑeras: *Desde que anclamos, he pasado prácticamente los días enteros trepando por la espalda del Peñón entre los monos: soy buen compañero en la escalada, pero en los saltos y piruetas me superan...No sé qué tal aguantaré el calor del verano maltés o siciliano; pero si lo resisto, estoy seguro, por lo que he vivido estos cuatro últimos días, que su otoño e invierno casi me re-crearán.*³⁷

Los acontecimientos defraudaron sus esperanzas de re-creación en Malta. Su salud mejoró, como consecuencia del trabajo diplomático y académico que realizó para el Gobernador de Malta, Sir Alexander Ball. Halló, de hecho, que toda su salvación *depende de estar siempre trabajando –(no leyendo: pues en media hora mi estómago comienza a tener retortijones; mi respiración se atenúa; mis ojos se cierran a despecho de mi voluntad; y acabo cayendo en el malestar y el dolor;) sino en un activo escribir y componer, o estar en compañía–. ...Ahora sé que un cambio de clima y la ausencia de Inglaterra y de un exceso de distracciones caseras eran necesarias para mi.*³⁸ El problema era que Coleridge podía dejar de leer y de pensar tanto como de comer o beber, y no por mucho tiempo evitó las “distracciones caseras”, ni siquiera mediante su viaje al Mediterráneo. Volvió a Inglaterra dos años después, sin haber mejorado su salud, y, después de bus-

³⁶ CL vol.2, pp. 1131-32, STC to Daniel Stuart 21 April 1804.

³⁷ Ibid.

³⁸ CL vol. 2, pp. 1145-46, STC to Daniel Stuart 6 July 1804

car trabajo y arreglar otros asuntos en Londres y en el sur, se dirigió al norte, a la Región de los Lagos, a casa de los Wordsworth. Por una compleja variedad de razones, que Richard Holmes indaga en el segundo volumen de su espléndida biografía,³⁹ ello le ofreció un breve refugio, pero no solución. La re-creación le eludía, la depresión y adicción le invadieron.

Re-creación era lo que Coleridge buscaba, con cuerpo y alma. La encontró, especialmente en los años de su tardía juventud, en las montañas, en las solitarias escaladas y caminatas; y soñó con ella al leer y bucear en la literatura de viajes de sus primeros años. Su descubrimiento del montañismo como ejercicio espiritual era parte de la transformación que de la experiencia de la naturaleza hizo el Romanticismo: lo sublime. La ayuda de Coleridge, como la del profeta, ciertamente vino de las montañas.

Traducida del inglés por:
Marisa Garayo Orbe

³⁹ Holmes, *Coleridge: Darker Reflections* (1998)